

AGUA FRÍA

Desayuné y me duché como todos los días. No parecía ser muy consciente de las horas siguientes, más aún cuando había dormido más de cuatro horas, lo que para mí, es un auténtico récord.

Justo cuando iba a salir, sonó un pitido y comprendí que tenía que consultar *Sylle*, por si fuera algo importante. "Aguafría, sé lo que vas a hacer hoy. Mucho ánimo". Quien me había mandado este mensaje, era un amigo de la infancia. Y lejos de apreciar el detalle, me concentré en pensar cuánto detesto que me llamen *Aguafría*. Todo mote tiene su parte de verdad, y su parte de sorna.

No es que saliese con prisa de mi apartamento, pero justo cuando pasé por la calle contigua, ya estaba otra vez en mi cabeza ese anuncio que había soportado durante la última semana: "Buenos días, para usted es el día perfecto. Pero sería aún más perfecto si tuviera un Excelsior. El nuevo modelo Excelsior Opkomend, consume menos, y tiene pantalla flexible, para disfrutar del mejor cine o cualquier cadena de televisión mientras llega a su destino. Recuerde: Excelsior. Porque lo que usted busca, son días aún más perfectos". Me pareció una ironía que aquel anuncio telepático de coches automáticos, me sugiriera que estaba ante un día perfecto.

Crucé la calle y llegué a la Oficina Central.

Ya hacía mucho tiempo que había aceptado que, en este mundo, las cosas que haces no son necesariamente buenas o malas. Imaginen a un médico prusiano del siglo XIX que, durante toda su vida, hiciera el bien, y con ello librara de su enfermedad al abuelo de Adolf Hitler. Pensar de esta forma, es seguramente el único consuelo que me queda.

Saludé a varios, tomé un café sintético (*¡como recién hecho!*, decía el anuncio), y me personé en la Sala de Decisiones. Me quité la chaqueta ergonómica, porque de pronto me sentía nervioso y mareado, pero le resté importancia porque consideré que era lo normal dadas las circunstancias.

Me senté frente a uno de los ordenadores, seleccioné el destino, que había estado repasando el día anterior, y pulsé *Confirmar*. Levanté la cabeza de la pantalla y sonreí a mi supervisor, aquel que me había ordenado lanzar la bomba. Cómo deseo que se acabe esta guerra.

Luisfer Romero Calero